La Trampa del Servicio

*Posted on **January 01,1970** by **Néstor Martínez***

Hay preguntas que tienen la capacidad de detenernos por completo. Preguntas que no buscan darnos información, sino llevarnos a revisar el rumbo de nuestra vida. Una de ellas nace de las palabras de Jesús en el Sermón del Monte, y quizá sea una de las más inquietantes de toda la Biblia. Imagina por un momento esa escena. Has dedicado años a servir a Dios. Has invertido tiempo, esfuerzo, recursos. Has ayudado a personas, has hablado de Él, has visto vidas cambiar. Quizá otros incluso te admiran por tu compromiso. Entonces llega el momento definitivo, el instante en que todo queda expuesto delante del Padre. Esperas escuchar una bienvenida. Esperas aprobación. Pero en lugar de eso escuchas unas palabras que nadie quisiera oír: ***Nunca los conocí. Apártense de mí...*** No son palabras dirigidas a personas que rechazaron a Dios de manera abierta. Tampoco a quienes vivieron negando su existencia. Lo sorprendente es que Jesús las dirige a personas profundamente involucradas en actividades espirituales. Ellos responden casi con asombro. **"¿No profetizamos en tu nombre? ¿No expulsamos demonios en tu nombre? ¿No hicimos muchos milagros en tu nombre?"** Es una lista impresionante. Cualquiera podría pensar que una vida así sería la evidencia definitiva de una relación con Dios. Sin embargo, Jesús demuestra exactamente lo contrario. Y eso cambia por completo nuestra manera de entender la vida del Reino. Durante mucho tiempo muchos han supuesto que la prueba de una vida aprobada por Dios son los resultados visibles. Si alguien habla bien, si ayuda a mucha gente, si parece tener autoridad espiritual o si ocurren cosas extraordinarias alrededor de su vida, entonces damos por sentado que todo está bien entre esa persona y Dios. Pero Jesús desmonta esa idea en apenas tres versículos. Lo extraordinario no siempre revela lo auténtico. El éxito visible no siempre refleja una comunión verdadera. La actividad espiritual no reemplaza una relación viva. Y quizá esa sea una de las advertencias más necesarias para nuestro tiempo. Vivimos en una cultura que mide todo por resultados. Cuántos seguidores tiene alguien. Cuántas personas lo escuchan. Cuánto produce. Cuánto logra. Incluso cuando hablamos de la vida espiritual podemos caer en la misma lógica: medirnos por lo que hacemos. Sin darnos cuenta comenzamos a construir nuestra identidad alrededor de nuestra utilidad. Nos sentimos valiosos porque hacemos. Nos sentimos aceptados porque servimos. Nos sentimos seguros porque estamos ocupados. Pero el Reino de Dios funciona de otra manera. El Padre nunca quiso hijos que vivieran intentando demostrar su valor mediante su rendimiento. Él quiso hijos que aprendieran a vivir desde una relación. Esa diferencia parece pequeña, pero transforma absolutamente todo. Porque cuando una persona necesita demostrar constantemente que vale, termina usando incluso las cosas de Dios para alimentar esa necesidad. Puede servir. Puede enseñar. Puede liderar. Puede ayudar. Puede sacrificar tiempo y energía. Y, sin embargo, cae en hacerlo desde un lugar completamente distinto al que el Padre desea. Entonces la pregunta deja de ser cuánto haces. La pregunta pasa a ser desde dónde lo haces. Hay una diferencia enorme entre trabajar para conseguir aceptación y actuar porque ya sabes que eres amado. El hijo no trabaja para convertirse en hijo. El hijo vive como hijo porque ya pertenece a la familia. Ese cambio de perspectiva parece sencillo, pero modifica las motivaciones más profundas del corazón. Jesús conocía perfectamente esa diferencia. Por eso, cuando habla en Mateo capítulo 7, no discute las obras realizadas. En ningún momento dice que esas personas estaban inventando lo que habían hecho. No les responde: **"Eso nunca ocurrió."** Tampoco dice: **"Los milagros eran falsos."** El centro del problema es otro. Ellos hablan de todo lo que hicieron. Jesús responde hablando de una relación que nunca existió. Mientras ellos presentan un

currículum, Él habla de intimidad. Mientras ellos muestran resultados, Él revela una ausencia. Es como si estuvieran respondiendo una pregunta que nunca se les hizo. Ellos creen que el criterio es la productividad. Jesús revela que el criterio siempre fue la comunión. Eso debería hacernos pensar. Porque existe un peligro muy sutil. Podemos llenar nuestra agenda con actividades relacionadas con Dios y, al mismo tiempo, descuidar aquello que Él más desea: caminar con nosotros. Desde el principio de la historia bíblica, el propósito nunca fue simplemente establecer normas o levantar organizaciones humanas. El propósito fue restaurar una familia. Cuando Dios crea al ser humano, no lo coloca en un sistema religioso. Lo coloca en un jardín. No comienza entregándole una lista interminable de tareas. Comienza caminando con él. La primera imagen que la Biblia presenta de la relación entre Dios y el hombre no es la de un empleado con su jefe. Es la de un Padre que comparte la vida con sus hijos. Ese diseño nunca cambió. Lo que cambia a lo largo de la historia son las circunstancias, pero el deseo del Padre permanece igual. Él busca personas que quieran vivir con Él, no simplemente trabajar para Él. Sin embargo, el ser humano tiene una tendencia constante a reemplazar la relación por el rendimiento. Nos resulta más fácil hacer cosas que abrir el corazón. Es más sencillo cumplir tareas que rendir nuestra voluntad. Es más cómodo construir una imagen que permitir que Dios transforme nuestro interior. Por eso las palabras de Jesús resultan tan confrontadoras. Porque exponen una posibilidad que pocos consideran. Es posible hablar mucho de Dios sin caminar con Él. Es posible hacer cosas en Su nombre sin permitirle gobernar la vida. Es posible que la actividad aumente mientras la relación disminuye. Y cuando eso ocurre aparece un fenómeno muy peligroso. Comenzamos a usar el nombre de Jesús como respaldo para nuestros propios proyectos, en lugar de permitir que nuestra vida sea la expresión de Su voluntad. La diferencia puede parecer sutil desde afuera. Pero delante del Padre es enorme. Porque el Reino no funciona sobre la base del desempeño. Funciona sobre la base de una relación de confianza, amor y obediencia. Por eso Jesús comienza ese pasaje con una frase que muchas veces pasa desapercibida. ***No todo el que me dice: Señor, Señor...*** Observa que no dice: "**No todo el que habla de mí."** Dice: ***No todo el que me llama Señor.*** Es decir, no basta con reconocer verbalmente quién es Jesús. La verdadera pregunta es si ese reconocimiento alcanza las decisiones cotidianas. Porque llamar a alguien "Señor" implica reconocer su autoridad. Y reconocer su autoridad significa permitir que sus palabras orienten nuestra manera de vivir. No se trata de una obediencia nacida del miedo. Se trata de la respuesta natural de quien ha descubierto el amor del Padre y desea caminar junto a Él. El Reino nunca fue una invitación a cumplir un conjunto de obligaciones para ganar el favor de Dios. Es una invitación a vivir desde una identidad nueva. Y cuando la identidad cambia, también cambian las motivaciones. Ya no obedecemos para ser aceptados. Obedecemos porque ya pertenecemos. Ya no servimos para demostrar algo. Servimos porque el amor recibido inevitablemente se convierte en amor compartido. Ese es el punto de partida que Jesús quiere recuperar. No una vida llena de actividades espirituales. Sino una vida donde cada actividad nace de una relación viva con el Padre. Y precisamente ahí aparece una palabra del texto original que merece toda nuestra atención. Una palabra que, bien entendida, nos ayuda a comprender por qué Jesús pronunció un veredicto tan fuerte y qué estaba señalando realmente acerca del corazón de aquellas personas. De eso hablaremos a continuación. En el texto de Mateo 7 hay un detalle que normalmente pasa desapercibido porque nuestras traducciones lo resumen en una expresión sencilla: ***hacedores de maldad*** o ***los que practican la iniquidad***. Pero detrás de esa frase hay una riqueza de significado que merece ser explorada. Jesús dice: ***Nunca los conocí; apártense de mí, los que practican la iniquidad.*** En el texto griego aparece la expresión ***hoi ergazomenoi t?n anomian*****.** No hace falta ser especialista en idiomas antiguos para comprender lo esencial. Lo importante no es aprender una palabra en griego, sino descubrir qué quiso comunicar Jesús. El verbo ***ergazomai*** significa trabajar, realizar una actividad, producir algo. Pero en esta forma verbal describe una acción continua, una práctica habitual. No habla de un error aislado ni de una caída ocasional. Habla de una manera de vivir, de una dirección constante. Todos fallamos. Todos tomamos malas decisiones alguna vez. Todos necesitamos la gracia de Dios. Jesús no está diciendo que quien se equivoca una vez queda fuera de Su Reino. Si así fuera, ninguno tendría esperanza. Lo que está describiendo es algo diferente. Está hablando de personas cuya vida había tomado un rumbo

donde la desobediencia dejó de ser una excepción para convertirse en un patrón. Y ahí aparece la segunda palabra. ***Anomía.*** Literalmente significa "sin ley". Sin embargo, en el pensamiento bíblico esa expresión va mucho más allá de romper normas. La palabra señala una actitud de independencia frente a Dios. Es vivir como si la propia voluntad fuera la autoridad final. Es construir una vida donde Dios puede ser reconocido con los labios, pero no necesariamente obedecido en las decisiones. Eso cambia completamente la perspectiva. Porque el problema no era que aquellas personas desconocieran el nombre de Jesús. Lo usaban constantemente. Tampoco era un problema de falta de actividad. Habían hecho mucho. El problema era mucho más profundo. Su vida seguía teniendo el mismo centro de gobierno: ellos mismos. Y esta es una tentación tan antigua como la humanidad. Desde el principio, el verdadero conflicto nunca fue simplemente comer de un árbol prohibido. El conflicto fue decidir quién definiría el bien y el mal. ¿Dios? ¿O el ser humano? Cuando Adán y Eva decidieron actuar al margen de la voz del Padre, no solo quebrantaron un mandato. Escogieron la autonomía. Escogieron vivir según su propio criterio. Ese mismo principio sigue apareciendo una y otra vez en la historia humana. No siempre adopta formas escandalosas. Muchas veces se presenta de manera muy sofisticada. Podemos decir que creemos en Dios y, sin embargo, reservar áreas completas de nuestra vida donde solamente nosotros decidimos. Administramos nuestras relaciones sin consultarlo. Tomamos decisiones económicas ignorando Su sabiduría. Construimos nuestros proyectos sin preguntarle qué desea Él. Elegimos qué partes de Sus enseñanzas aceptamos y cuáles dejamos de lado porque resultan incómodas. Entonces Dios deja de ser el Señor de nuestra vida para convertirse en un asesor al que consultamos cuando nos conviene. Eso es mucho más cercano a la ***anomía*** de lo que solemos imaginar. Porque la independencia espiritual casi nunca comienza con una rebelión abierta. Comienza con pequeñas decisiones. Pequeñas concesiones. Pequeñas justificaciones. Una voz interior que dice: **"Esto ya lo resolveré yo**." **"No hace falta involucrar a Dios en esto.**" "**Él entenderá**." Y poco a poco esa manera de pensar construye una forma de vivir donde seguimos hablando de Dios, pero cada vez dependemos menos de Él. Eso explica por qué Jesús pone tanto énfasis en hacer la voluntad del Padre. Observa cómo comienza el pasaje. ***No todo el que me dice: 'Señor, Señor', entrará en el Reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre.*** La diferencia no está entre personas religiosas y personas no religiosas. La diferencia está entre quienes viven sometiendo su voluntad al Padre y quienes solamente conservan un lenguaje espiritual. Porque el Reino no consiste en aprender un vocabulario. Consiste en aprender una manera nueva de vivir. Y aquí conviene detenernos un momento. Cuando escuchamos la palabra "obediencia", muchas veces pensamos en obligación. Imaginamos reglas. Control. Pérdida de libertad. Pero la Biblia presenta algo completamente distinto. La obediencia nace de la confianza. Un hijo pequeño toma de la mano a su padre para cruzar una calle no porque viva bajo una dictadura, sino porque confía en quien ve más que él. La obediencia del Reino funciona de la misma manera. No nace del miedo. Nace de la certeza de que el Padre siempre ve más lejos que nosotros. Cada vez que Él nos guía, no intenta quitarnos libertad. Está protegiendo nuestro propósito. Por eso Jesús nunca presentó al Padre como alguien obsesionado con controlar personas. Lo presentó como alguien profundamente interesado en dar vida. Cuando Dios dice "no", nunca es un "no" vacío. Siempre está protegiendo un "sí" mucho mayor. Cuando limita un camino, normalmente está preservando otro. Cuando corrige, está formando. Cuando confronta, está sanando. Pero para experimentar todo eso hace falta algo que el ser humano resiste profundamente. Rendir el control. Y quizá ahí encontramos una de las diferencias más claras entre la vida religiosa y la vida del Reino. La religión suele preguntar: **"¿Qué debo hacer?"** El Reino pregunta: **"¿En quién me estoy convirtiendo?"** La religión se concentra en conductas. El Reino transforma el corazón. La religión puede producir disciplina externa. El Reino produce una naturaleza nueva. Por eso Jesús nunca se conformó con modificar comportamientos. Siempre fue al origen. Al corazón. A las motivaciones. Porque sabe que una conducta puede fingirse durante un tiempo. Pero el corazón siempre termina revelándose. Una persona puede aparentar humildad mientras busca reconocimiento. Puede servir mientras alimenta su orgullo. Puede hablar de amor mientras compite silenciosamente con los demás. Puede hacer muchas cosas correctas por razones completamente equivocadas. Y solo Dios puede distinguir esa diferencia. Los seres humanos solemos mirar

resultados. Dios mira raíces. Nosotros admiramos lo visible. Él observa lo invisible. Nos impresiona el fruto. Él examina el árbol. Eso explica por qué Jesús nunca quedó deslumbrado por los grandes actos públicos. Él prestaba tanta atención a una viuda dando dos pequeñas monedas como a una multitud escuchando un sermón. Veía con la misma claridad un gesto oculto de generosidad que un milagro realizado delante de miles. Porque Su mirada siempre iba más profundo. Él veía aquello que nadie más podía ver. Las verdaderas motivaciones. Y quizá esa sea una de las invitaciones más importantes de este pasaje. Dejar de preguntarnos únicamente qué estamos haciendo. Y empezar a preguntarnos desde dónde lo estamos haciendo. ¿Qué mueve realmente nuestro corazón? ¿El deseo de agradar al Padre? ¿O la necesidad de sentirnos importantes? ¿Buscamos parecer espirituales? ¿O buscamos parecernos más a Jesús? Esas preguntas no producen culpa. Producen libertad. Porque cuando descubrimos que el Padre está más interesado en transformar nuestro interior que en evaluar nuestro rendimiento, dejamos de vivir bajo la presión de demostrar constantemente nuestro valor. Comenzamos a descansar. Y desde ese descanso empieza a surgir una obediencia completamente diferente. No una obediencia forzada. Sino una obediencia nacida del amor. Y precisamente allí aparece otra palabra fundamental del pasaje. Una palabra que cambia el sentido completo de la conversación: cuando Jesús dice ***nunca los conocí***, utiliza un verbo que habla de una relación mucho más profunda que un simple reconocimiento. Entender ese verbo nos permitirá descubrir cuál era, en realidad, el mayor anhelo del corazón del Padre. Después de escuchar las palabras de Jesús, es fácil quedarse atrapado en la parte más dura del pasaje. ***Nunca los conocí.*** Pero si nos detenemos un poco más, descubrimos que esa frase también contiene una extraordinaria invitación. Porque Jesús no dice: **"Nunca supe quiénes eran."** Tampoco dice: "**Nunca escuché hablar de ustedes."** Dice algo mucho más profundo. ***Nunca los conocí.*** El verbo que aparece allí es ***gin?sk?***. En la Biblia, esa palabra no describe un conocimiento superficial o simplemente intelectual. Habla de un conocimiento nacido de la experiencia, de la cercanía, de una relación viva. Todos conocemos personas de nombre. Sabemos quiénes son. Reconocemos su rostro. Incluso podemos contar algunas cosas sobre ellas. Pero eso no significa que las conozcamos realmente. Conocer a alguien implica compartir tiempo. Escuchar. Aprender. Caminar juntos. Descubrir cómo piensa, qué ama, qué le duele, qué lo alegra. Eso es exactamente lo que Jesús está señalando. El problema nunca fue la falta de información acerca de Dios. Aquellas personas sabían muchas cosas. Conocían Su nombre. Hablaban de Él. Trabajaban para Él. Pero no habían aprendido a caminar con Él. Y existe una diferencia enorme entre ambas cosas. Uno puede pasar años estudiando la vida de un músico sin haber compartido jamás una conversación con él. Puede conocer todas sus canciones, todas sus entrevistas, todas las fechas importantes de su carrera. Pero seguirá siendo un desconocido. Con Dios puede ocurrir algo parecido. Podemos acumular conocimientos bíblicos. Memorizar versículos. Comprender doctrinas. Responder preguntas difíciles. Y aun así mantener una relación distante. Porque el conocimiento que transforma no consiste solamente en aprender información. Consiste en permitir que esa verdad modele nuestra manera de vivir. Por eso Jesús nunca invitó simplemente a creer ciertas ideas. Invitó a seguirlo. Y seguir a alguien implica movimiento. Implica cercanía. Implica aprender observando su vida. Un discípulo no solo escuchaba las enseñanzas de su maestro. Compartía el camino con él. Veía cómo respondía a los conflictos. Cómo trataba a las personas. Cómo descansaba. Cómo oraba. Cómo enfrentaba el dolor. La enseñanza no terminaba cuando acababa una conversación. Continuaba durante toda la vida. Eso es exactamente lo que el Padre desea con cada uno de nosotros. No busca visitas ocasionales. Busca hijos que aprendan a vivir junto a Él. Quizá aquí encontramos una de las mayores diferencias entre la cultura del rendimiento y la cultura del Reino. El rendimiento pregunta: **"¿Qué logré hoy?"** El Reino pregunta: **"¿Cómo caminé hoy con mi Padre?"** Puede parecer una diferencia pequeña. Pero cambia completamente la manera de vivir. Porque si todo depende de lo que logro, nunca será suficiente. Siempre habrá algo más por hacer. Más personas que ayudar. Más proyectos. Más desafíos. La lista nunca termina. Y el corazón termina agotado. Sin embargo, cuando la prioridad es caminar con el Padre, incluso las tareas más sencillas adquieren un significado diferente. Preparar una comida. Escuchar a un hijo. Cumplir una responsabilidad laboral. Conversar con un amigo. Perdonar una ofensa. Todo puede convertirse en una expresión de esa relación. El Reino no

está dividido entre actividades espirituales y actividades comunes. Toda la vida pertenece al Padre. Por eso Pablo escribió que todo lo que hagamos debe hacerse para la gloria de Dios. No porque existan trabajos sagrados y trabajos profanos. Sino porque existe una sola vida. Y esa vida puede ser vivida en comunión con Él. Quizá durante mucho tiempo pensamos que Dios solo estaba interesado en los grandes momentos. Las reuniones importantes. Los milagros. Las decisiones trascendentes. Pero cuando observamos la vida de Jesús descubrimos otra realidad. Él dedicó la mayor parte de Su existencia a una vida sencilla. Treinta años de vida cotidiana. Trabajo. Familia. Amistades. Conversaciones. Caminatas. Comidas compartidas. Y fue precisamente allí donde reveló el corazón del Padre. Eso significa que Dios también está presente en nuestras rutinas. En las decisiones pequeñas. En las conversaciones que nadie recuerda. En los actos de integridad que nadie aplaude. En la paciencia que ejercemos cuando nadie nos observa. Porque el Reino crece desde adentro. Como una semilla. Silenciosamente. Sin espectáculo. La transformación más profunda casi nunca hace ruido. Sucede mientras aprendemos a confiar. Mientras dejamos de depender únicamente de nuestras fuerzas. Mientras comenzamos a preguntarle al Padre qué piensa antes de decidir. Mientras permitimos que Su Espíritu moldee nuestro carácter. Ese proceso suele ser lento. Y quizá por eso muchas personas lo subestiman. Vivimos en una cultura enamorada de lo inmediato. Queremos cambios rápidos. Resultados visibles. Respuestas instantáneas. Pero el crecimiento de un árbol no ocurre de un día para otro. Las raíces trabajan en silencio mucho antes de que aparezcan los frutos. Y Dios siempre presta más atención a las raíces que al fruto visible. Porque sabe que un fruto puede ser imitado durante un tiempo. Pero las raíces no. Las raíces revelan de dónde obtiene vida una persona. Ahí aparece otra pregunta importante. ¿De dónde estamos obteniendo nuestra identidad? Muchas personas viven buscando aprobación. Necesitan sentirse valiosas porque otros las reconocen. O porque producen. O porque son necesarias. El problema es que esa fuente nunca sacia. Siempre exige más. Siempre pide otra demostración. Otro logro. Otra validación. El Reino ofrece una libertad completamente distinta. El Padre no nos llama hijos porque hayamos demostrado suficiente capacidad. Nos llama hijos porque Él decidió adoptarnos en Cristo y hacernos parte de Su familia. Esa identidad no se conquista. Se recibe. Y cuando realmente creemos eso, cambia nuestra manera de servir. Ya no ayudamos para sentirnos importantes. Ayudamos porque el amor del Padre ya llenó nuestro corazón. Ya no obedecemos para evitar el rechazo. Obedecemos porque confiamos en quien nos ama. Ya no vivimos intentando construir una reputación. Vivimos procurando reflejar el carácter de Jesús. Eso produce descanso. Y desde ese descanso nace un servicio completamente diferente. Más humilde. Más libre. Curiosamente, cuanto menos necesitamos demostrar quiénes somos, más útiles nos volvemos para el Reino. Porque dejamos de ocupar el centro. Y permitimos que Cristo ocupe el lugar que siempre le perteneció. Quizá esa sea una de las mayores evidencias de una vida transformada. No que hacemos cosas extraordinarias. Sino que cada vez dependemos menos de nosotros mismos. Aprendemos a escuchar antes de hablar. A consultar antes de decidir. A amar antes de juzgar. A servir sin esperar reconocimiento. A permanecer fieles incluso cuando nadie nos ve. Eso es lo que una relación verdadera produce. No perfección inmediata. Sino una dirección nueva. Un corazón que vuelve una y otra vez al Padre. Un hijo que aprende cada día a parecerse más a Él. Y cuando esa relación se convierte en el fundamento de la vida, ocurre algo maravilloso: las obras dejan de ser el objetivo y se transforman en la consecuencia natural del amor. Los frutos ya no son un esfuerzo desesperado por impresionar a Dios. Son el resultado inevitable de permanecer unidos a Él. Por eso, antes de terminar, queda una pregunta profundamente práctica. ¿Cómo saber si realmente estamos viviendo desde esa relación y no simplemente desde la actividad? Hay señales sencillas, cotidianas, que pueden ayudarnos a responderla con honestidad. Y descubrirlas puede cambiar no solo nuestra forma de servir a Dios, sino nuestra manera de vivir cada día. Llegados a este punto, es probable que la pregunta ya no sea la misma con la que comenzamos. Al principio nos preguntábamos cómo era posible que personas que habían hecho tantas cosas en el nombre de Jesús escucharan finalmente: "***Nunca los conocí."*** Ahora la pregunta cambia. La verdadera pregunta es: **¿Cómo sé si estoy viviendo desde una relación con el Padre o simplemente desde la costumbre de hacer cosas para Él?** La respuesta no está en revisar una lista de actividades. Tampoco en contar cuántas horas dedicamos a servir.

Mucho menos en medir resultados. Jesús nunca presentó esos elementos como el centro de la vida del Reino. Hay señales mucho más profundas. La primera tiene que ver con aquello que sucede cuando nadie nos está mirando. Porque todos somos capaces de cuidar nuestra imagen delante de otros. Podemos elegir cuidadosamente nuestras palabras. Podemos mostrar paciencia. Podemos parecer generosos. Podemos proyectar una versión de nosotros mismos que impresione. Pero cuando estamos solos desaparece el público. Y allí queda al descubierto quiénes somos realmente. ¿Qué ocupa nuestros pensamientos cuando nadie nos observa? ¿Dónde busca descanso nuestro corazón? ¿De qué manera tomamos decisiones cuando no necesitamos explicarlas a nadie? Es en esos lugares donde una relación con el Padre comienza a hacerse visible. No porque nunca fallemos. Sino porque aprendemos a volver una y otra vez a Él. La segunda señal aparece cuando debemos elegir entre nuestra voluntad y la Suya. Hay momentos en que ambas coinciden. Pero también existen situaciones donde seguir a Cristo implica renunciar al orgullo. Perdonar cuando sería más fácil guardar resentimiento. Decir la verdad cuando una mentira parece conveniente. Permanecer íntegros cuando nadie descubriría lo contrario. Servir sin esperar reconocimiento. Amar incluso cuando no recibimos nada a cambio. Es allí donde el señorío de Jesús deja de ser una idea bonita y se convierte en una realidad concreta. Porque reconocerlo como Señor no consiste únicamente en pronunciar esas palabras. Consiste en permitir que Su forma de vivir transforme la nuestra. Y hay una tercera señal que suele pasar desapercibida. ¿Qué ocurre cuando todo parece salir mal? Mientras las cosas funcionan, es sencillo decir que confiamos en Dios. La verdadera confianza aparece cuando no entendemos lo que está ocurriendo. Cuando las respuestas tardan. Cuando los planes cambian. Cuando el dolor golpea. Cuando el futuro parece incierto. Es precisamente allí donde una relación madura se fortalece. Porque dejamos de confiar solamente en las circunstancias y aprendemos a confiar en el carácter del Padre. Sabemos que no siempre comprenderemos Sus caminos. Pero también sabemos que Su amor permanece inalterable. Eso cambia nuestra manera de vivir. Y quizá también cambia nuestra manera de orar. Porque la oración deja de ser únicamente una lista de pedidos. Se convierte en una conversación. Un espacio donde aprendemos a escuchar tanto como hablamos. Donde descubrimos que Dios no solo quiere responder preguntas. Quiere formar personas. Quiere moldear hijos que reflejen Su corazón. Ese es el propósito del Reino. No producir trabajadores infatigables. Sino hijos maduros. No fabricar personas ocupadas. Sino hombres y mujeres que aprendan a caminar con Él. Cuando eso sucede, el servicio encuentra su lugar correcto. Ya no es el centro. Es la consecuencia. Ya no nace de la ansiedad. Nace del amor. Ya no intenta llenar un vacío. Expresa una plenitud. Y entonces comprendemos algo extraordinario. El Padre nunca estuvo buscando personas impresionantes. Nunca necesitó que alguien aumentara Su prestigio. Nunca dependió de nuestro rendimiento para cumplir Sus propósitos. Lo único que siempre buscó fue un pueblo dispuesto a vivir unido a Él. Esa ha sido la historia desde el principio. Cuando llamó a Abraham, quería caminar con él. Cuando formó a Israel, quería habitar en medio de su pueblo. Cuando Jesús vino al mundo, fue llamado Emanuel: **Dios con nosotros**. Y cuando envió al Espíritu Santo, lo hizo para que Su presencia habitara en nosotros. Toda la historia bíblica apunta en una misma dirección. Dios acercándose. Dios buscando. Dios llamando. Dios restaurando la comunión perdida. Por eso el centro del Evangelio no es simplemente el perdón de los pecados. El perdón abre la puerta a algo mucho mayor. La reconciliación con el Padre. La recuperación de una relación que el pecado había fracturado. Esa relación cambia la identidad. Y cuando la identidad cambia, cambia la manera de vivir. Ya no actuamos como huérfanos intentando ganar un lugar. Vivimos como hijos que ya tienen un hogar. Esa diferencia transforma absolutamente todo. Transforma el trabajo. La familia. Las amistades. Las decisiones. La forma de administrar el dinero. La manera de responder a las dificultades. La manera de amar. Porque el Reino nunca fue un compartimento reservado para algunos momentos de la semana. Es una forma de vivir cada día. Es aprender a reconocer la voz del Padre en medio de las decisiones más sencillas. Es descubrir que Su presencia también está en la oficina, en la cocina, en el camino al trabajo, en una conversación con un vecino, en una llamada telefónica, en una mesa compartida con la familia. El Reino invade la vida cotidiana. Y quizá ahí está la mayor diferencia entre una existencia religiosa y una vida transformada. La religión suele separar lo sagrado de lo cotidiano. El Reino une ambas cosas. Todo

pertenece al Padre. Todo puede convertirse en una oportunidad para reflejar Su carácter. Todo puede ser vivido junto a Él. Por eso, al volver una vez más a Mateo 7, descubrimos algo esperanzador. Jesús no estaba diciendo: **"Hagan menos."** Tampoco estaba diciendo**: "Dejen de servir."** Lo que estaba diciendo era algo mucho más profundo. **No permitan que las obras ocupen el lugar que solo puede ocupar la relación.** Porque cuando el orden se invierte, incluso las mejores acciones terminan vaciándose de sentido. Pero cuando la relación ocupa el primer lugar, las obras encuentran naturalmente su lugar. Como el fruto que nace de un árbol sano. No porque el árbol haga esfuerzos desesperados por producir. Sino porque está firmemente arraigado. Y quizá esa sea la imagen que vale la pena guardar al terminar este recorrido. Imagina un árbol enorme. Desde lejos todos admiran sus ramas. Su sombra. Sus frutos. Su belleza. Pero casi nadie piensa en aquello que permanece oculto. Las raíces. Sin embargo, son las raíces las que sostienen todo lo demás. Nadie las aplaude. Nadie las fotografía. Nadie las ve. Pero allí está la verdadera vida. Lo mismo ocurre con nosotros. Las personas pueden admirar lo que hacemos. Pueden reconocer nuestros talentos. Pueden agradecer nuestro servicio. Pero el Padre siempre mira aquello que nadie más puede ver. Las raíces. La comunión. La confianza. La obediencia nacida del amor. Ese lugar secreto donde nadie aplaude, pero donde todo comienza. Y quizá, al terminar este episodio, la mejor decisión no sea hacer más. Tal vez la decisión más importante sea detenernos y preguntarnos con total sinceridad: **¿Estoy construyendo una vida llena de actividades... o una vida profundamente arraigada en el Padre?** Porque el Reino no necesita personas que simplemente hagan muchas cosas. El mundo está lleno de gente ocupada. El Padre está formando hijos. Hijos que conozcan Su voz. Que disfruten Su presencia. Que confíen en Su amor. Que reflejen Su carácter. Y cuando esos hijos sirven, su servicio deja de ser una carga. Se convierte en una expresión natural de la vida que llevan dentro. Mi deseo es que, cuando llegue el día de encontrarnos cara a cara con Él, no sintamos la necesidad de presentar un currículum de logros, de ministerios o de reconocimientos. Que no tengamos que convencerlo de cuánto hicimos. Que simplemente podamos permanecer delante de nuestro Padre con la serenidad de quien caminó con Él durante toda su vida. Porque al final, la mayor victoria no será haber llenado agendas, auditorios o calendarios. La mayor victoria será haber aprendido a vivir cada día tomados de la mano del Padre. Y entonces, las palabras que llenarán de sentido toda la eternidad no serán el reconocimiento de nuestras obras, sino la confirmación de una relación que comenzó mucho antes: **"Te conozco."** Y si Él nos conoce, eso significa que aprendimos a vivir donde siempre estuvo nuestro verdadero hogar.

Posted in:Crecimiento | | With 0 comments